

¿Transformar al hombre?

Perspectivas éticas y científicas

Arnoldo Kraus



Como en otras ocasiones, es la literatura la que me destraba. Ahora es Lezama Lima quien salva mi pellejo. En *El secreto de Garzilazo*, el autor habla de los falsos dualismos que sostienen nuestra cultura: claridad y oscuridad, arte y vida, experiencia y lenguaje. Lima aseguraba, con sabiduría, que la poesía es la responsable para mediar entre esas contradicciones. El escritor cubano tiene razón: quien lee poesía tiene la virtud de instalarse entre los dualismos de la realidad. Tiene, además, las llaves para abrir las puertas de esos desaguisados evitando que uno quede atrapado entre ellas. Ésa es una de las grandes virtudes de la poesía y de la literatura: destrabar. Destruir y transformar al hombre.

En ciencia, la historia es distinta. El subtítulo del libro que Lizbeth Sagols coordinó, *Perspectivas éticas y científicas*, viene precedido por una interrogación, *¿Transformar al hombre?* Escribo, a diferencia de Sagols, sin signos de interrogación: la poesía y la literatura transforman al hombre porque le ofrecen herramientas para mirar mejor y para mirarse distinto. La compiladora, al igual que Lezama Lima, conjunta dos palabras, ética y ciencia, que si bien no deberían ser un dualismo, sí lo son. Imposible no recordar el viejo libro de Charles Percy Snow, *The Two Cultures*. Uno de los méritos de ese ensayo es que cada año se rejuvenece con más brío debido a las inquietudes que siempre han rodeado las vidas de eticistas y científicos.

Snow, científico por estudio y escritor por vocación, planteó, en 1959, la incompreensión que existía entre intelectuales y científicos, así como la dificultad de percibir la condición humana como un todo. Snow sostenía que la separación entre las ciencias y las humanidades disminuye la calidad de la educación y dificulta la solución de los

retos y problemas del mundo. Ignoro si el científico inglés leyó a Van Rensselaer Potter, pero, ya que en la portada del libro *¿Transformar al hombre? Perspectivas éticas y científicas* aparece la palabra “bioética”, es importante señalar que el texto de Potter, *Bioethics. Bridge to the Future*, se publicó en 1951, es decir, ocho años antes de que el dualismo fuera expuesto bajo el rubro de dos culturas. Potter, uno de los padres de la bioética, entrecomilla en el prólogo las palabras “dos culturas”, ciencia y humanismo, y explica que el libro es un argumento para construir un puente llamado bioética cuyo fin sería unir las dos culturas.

Los textos que conforman el libro, *¿Transformar al hombre? Perspectivas éticas y científicas*, exponen las dualidades que existen en el modo de estar en la vida y en el modo de pensar en la supervivencia del ser humano, de la sociedad y del planeta. La dualidad entre ética y ciencia ha sido, a través del tiempo, una de las duplicidades del ser humano. En el texto se muestran las inquietudes de los científicos para modificar al hombre; se discute la necesidad, desde la mirada de los eticistas, para repensar en las repercusiones que podría acarrear esa aventura. Esos planteamientos se acompañan de una vieja pregunta que se renueva cada día y que cada vez es más vigente: en la ciencia, ¿todo lo que se puede, se debe? Esa cuestión se retoma en el libro: ¿podrá transformarse el hombre?

Los autores buscan responder esa pregunta cobijados por sendas reflexiones acerca de los límites de la ética y de la ciencia, de la discriminación por causas genéticas o raciales, del inefable peso del poder que podría maldirigir el conocimiento, de la posible obsolescencia del ser humano, del transhumanismo, de las muertes pre venibles y de las sin duda maravillas que podrían devenir

gracias al mejoramiento genético. Esas nociones son abordadas sin maniqueísmos ni fanatismos.

Leo en el prefacio y en la introducción una meditación fundamental: “para alejarnos de ciegos entusiasmos y condenas a la ciencia, es necesario evitar tanto las ideas del ‘fin del hombre’ como las de una ‘superhumanidad por venir’”. Esa reflexión se aviene a otras. Se discute acerca de la “ética del futuro”, pilar de la inmensa responsabilidad que tenemos hacia las generaciones que nos seguirán; se cavila sobre la supuesta neutralidad de la tecnociencia, neutralidad que, por cierto, viaja en el papel con pasaporte de realidad pero no en la cotidianidad. Digámoslo, junto con algunos de los autores, en voz alta. La ciencia y la técnica son neutras. Carecen de voluntad y de afinidades. Quienes la producen, pueden o no ser neutros; el eslabón final determina a quien la utiliza. La forma en que se usa la tecnociencia es la que define o no su neutralidad.

El libro aboga por la ingente necesidad de enfatizar la obligatoriedad para que la ciencia siga lineamientos éticos y, de ser posible, sirva a la mayoría para achicar las inmensas diferencias entre los seres humanos. Arropado por un escepticismo sano, tengo la convicción, después de repasar el mapamundi contemporáneo, de que la ciencia no ha recortado, como debería, las diferencias entre los grupos humanos. Basta observar la distribución de fármacos en el mundo, las causas de muerte en África y los sitios donde la desnutrición es endémica. Esas realidades deben leerse y releerse cuando se discuten los posibles beneficios incluso de la eugenesia terapéutica.

Agrego otro problema crucial y que cada vez cobra más peso en este mundo polarizado *ad nauseam*. Cuando la ciencia

se lee bajo la óptica de éticas religiosas la posibilidad de progresar disminuye. Así como es menester bregar por una ciencia neutra, la ética debe ser laica.

El libro ofrece un mosaico que intercala temas inexpugnables. El ambiente no puede separarse del enjambre nervioso de la conciencia, la cibercultura debe enfocarse bajo la lupa de la naturaleza humana, la eugenesia tiene que disecarse a partir de las técnicas de manipulación genética, y aunque a muchos les disguste, queda claro que el mundo de los primates nos regresa a nuestros orígenes. Ese entramado hace del libro un ser vivo. Un ser vivo que cuestiona muchas realidades y que trae a la bioética a la palestra de la cotidianidad, no sólo como ciencia imprescindible, sino como la filosofía del siglo XXI.

Son las preguntas que surgen de los ensayos, y que corren a lo largo de las páginas, las que le otorgan al libro otra suerte de vida y que hacen de la bioética una necesidad. Imposible no recordar que quienes gozamos desmenuzando los avatares de la bioética, repetimos, con frecuencia, que ésta no es una ciencia exacta. En bioética no existen respuestas unívocas. La mayoría de las cuestiones, tal y como lo demuestran los autores, deben dirimirse bajo la luz de la tolerancia. Destaco algunas ideas.

Cuando se reflexiona acerca del ambiente, se dice que lo que determina la conformación del ser no es el genoma, sino las relaciones interactivas entre el individuo y el ambiente; de esa observación se desprende que las personas son irrepetibles, ya que son las experiencias de las vivencias entre individuos y medio ambiente las que determinan sus características. Imposible no recordar las ideas de Marx, quien aseveraba, palabras más, palabras menos, “que no es la conciencia del individuo la que determina su ser social, sino que por el contrario, es el ser social el que determina la conciencia del individuo”. Perspectiva diferente es la que sugiere que no es el ambiente el que establece la condición de la especie humana, sino que es la suma de las conductas de sus miembros y los vínculos entre éstos y con las de algunos primates, las que definen las características de nuestra especie.

En otras líneas se aborda, muchas veces cobijados por bienhechores signos de interro-

gación, algunos de los complicados intersticios de la naturaleza humana. En esas reflexiones resaltan términos como responsabilidad, tecnología, eugenesia, manipulación genética, límites y justicia. Dichos apartados podrían agruparse en una pregunta. En caso de que la respuesta sea afirmativa, ¿cuáles son los límites que tienen los seres humanos para modificar a otros seres humanos?

Entre estos signos de interrogación fluyen muchas cuestiones. Su eje principal versa sobre los límites de la vida y de la medicina, así como sobre las fronteras de la tecnociencia y de algunos de sus brazos, como son la industria farmacológica y la nueva parafernalia médica. Tiene razón uno de los autores cuando delibera acerca de la utilidad de determinados fármacos al afirmar que es imperativo “tomar decisiones adecuadas que permitan el respeto a la individualidad de cada quien”.

Lo mismo sucede con algunas de las preguntas que surgen en relación con Internet que, si bien es un instrumento muy útil, es, a la vez, una nueva enfermedad que garantiza, entre otros síntomas, el abandono del pensamiento sucesivo y la alienación como dirían los viejos marxistas. Esos síntomas modifican y modificarán aún más el ser de las personas.

Al lado del mundo seguramente infeliz de Aldous Huxley —en su libro nunca aparece el término orgasmo— se asegura, que a pesar del poder de las tecnologías contemporáneas, “el hombre seguirá contando con los rasgos exaltados del Renacimiento y, además, seguirá siendo un ser indeterminado y mortal, un ser que contará siempre con el poder de la libertad y de la dignidad: contará con el poder de la *autopoiesis* o la autoconstrucción”.

Los autores advierten que la genética y la genómica, además de ofrecer una “bella promesa”, plantean serias responsabilidades, dentro de las que destacan sus implicaciones sociales. Esa aseveración cobra fuerza en otro artículo, donde se habla de la vergüenza del ser humano contemporáneo frente a sus creaciones tecnológicas, las cuales, además de que crecen sin cesar, rayan en la perfección. Dicha idea es crucial si se cavila en el riesgo que deviene crear, por medio de la eugenesia, seres “transformados” que, probablemente debido al poder de sus nuevas características,

incrementarían la desigualdad y la injusticia. Huelga decir, que ni la ciencia ni la ética, bien aplicadas, rechazan el usufructo de la eugenesia con fines terapéuticos.

El ser humano tiene la capacidad infinita de inventar, de reinventar, de distorsionar y, por supuesto, de mentir. En ocasiones, el hilo entre la invención y la mentira es muy tenue, tan tenue que con frecuencia la inteligencia es capaz de volverlo invisible. Otras veces, la astucia y la imperiosa necesidad de “ser”, entre comillas, enlaza invención y mentira con una verosimilitud impecable e implacable.

La reciente invasión de Georgia le ha abierto a Occidente los libros escolares rusos. En ellos se lee que Stalin fue “el gobernador ruso del siglo XX de más éxito”; se dice, además, que las matanzas perpetradas por Stalin fueron un “medio necesario, si bien excesivo, para mantener la disciplina”. Agrego, no puedo evitarlo, una palabra: amén.

No en balde, en el *Diccionario de las infamias del ser humano* se dice que Vladimir Putin es el nombre en ruso de George W. Bush. El significado de esa sinonimia es obvio: las mentiras y el poder que deforman la realidad son idénticas en ruso y en inglés y son inmunes al peso de la verdad.

Aunque sea exagerado afirmar que la aplicación inadecuada de la eugenesia y otras tecnociencias conllevan los riesgos de una nueva estalinización, no es estéril pensar por un momento en esa posibilidad. Nüremberg revitalizó y reinventó la ética médica. Es fundamental generar nuevos Nüremberg: siguen habiendo muchas historias por destrabar. La razón duele: la ética no es la mejor tarjeta de presentación de nuestra especie.

Las dualidades de las que habla Lezama Lima y las que aplican los historiadores en Rusia o en cualquier lugar del mundo son también, tierra conocida en el binomio ética-ciencia. Son demasiados los intereses que denuestran el valor de la ética e insuficientes las lecturas que vindican el ejercicio ético de la ciencia. Transformar al hombre, sí, pero, bajo el cobijo de una mirada humana que destrabe la ceguera que con frecuencia impide el diálogo fluido entre ética y ciencia. **U**

Texto leído en la presentación del libro *¿Transformar al hombre? Perspectivas éticas y científicas*, Lizbeth Sagols, coordinadora, editado por UNAM y Fontamara, México, 2008, 257 pp.